Desde
6
años

PLANETA AMARILLO

WITIKA, HIJA DE LOS LEONES

BLANCA ÁLVAREZ

ILUSTRACIONES DE CARMEN GARCÍA IGLESIAS

Planetalector

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustraciones: Carmen García Iglesias
Ilustración de cubierta: Carmen García Iglesias

© Blanca Álvarez, 2005
© Carmen García Iglesias, 2005

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3143-7
ISBN 10: 958-42-3143-X

Primera impresión: enero de 2013
Segunda impresión: diciembre de 2013
Tercera impresión: agosto de 2014
Cuarta impresión: marzo de 2015
Quinta impresión: enero de 2016
Sexta impresión: febrero de 2016
Séptima impresión: enero de 2017
Octava impresión: septiembre de 2017
Novena impresión: febrero de 2018
Décima impresión: septiembre de 2018
Undécima impresión: marzo de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S.A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

BLANCA ÁLVAREZ (biografía)

Nació en Cartavio, Coaña. Hija, nieta y biznieta de gentes de mar, no pudo ser ni capitán de barco ni pirata, así que terminó ejerciendo profesiones tan diversas como profesora o periodista. Comenzó siendo poeta, con premio incluido, fue biógrafa de Corín Tellado, autora de novelas negras y relatos eróticos. Desde hace años escribe para niños y jóvenes. Ha ganado premios como el Ala Delta, el Apel·les Mestres, el Internacional de poesía Cálamo y el de la Crítica asturiana, y fue seleccionada en el *White Ravens* de Bolonia.

A todos los niños que nunca llegarán a leer este libro porque habitan en lugares donde cada tres segundos muere uno de esos pequeños ante nuestra indiferencia. Cada tres segundos.

Blanca Álvarez

A los míos. Por ellos y para ellos, como todo. A Miguel de Fuenlabrada por su confianza y a Gerardo por llevarme.

Carmen García Iglesias

A Witika le gustaría ir a la escuela. Acaba de llegar un maestro. Bajo un techo de arbustos instala un gran tablero, verde y brillante, donde escribe letras y números.

Witika oye a los niños cantar, reír y batir palmas.

A ella no le gusta caminar cinco horas cada día para traer agua.

Camina sola y tiene miedo de los leones. Nunca ha visto ninguno, pero Moussa, su abuelo, le ha contado historias de los leones cazadores, y también de los cazadores de leones.

Moussa le ha regalado un amuleto, una semilla de ceiba con un signo pintado, para protegerla del Gran León.

—¿El Gran León es un león diferente, abuelo?

—Es el rey de todos los leones.

Por eso Witika camina despacio y mirando a los lados cuando, dos veces al día, va en busca de agua.

—Gran León, Gran León, aléjate de mi corazón —recita la niña entre el polvo del camino.

Antes de asomar el sol, cuando el cielo se pinta de rojo, Witika saca los dos baldes de metal y va en busca de agua. Su madre, Maty, sale de la casa de barro, carga su carrito de láminas brillantes, se ajusta el pañuelo sobre la cabeza y se dirige al mercado.

También Maty camina mucho hasta llegar al mercado de la ciudad cercana.

—¡Suerte, mamá!

—Algún día podrás ir a la escuela, mi pequeña.

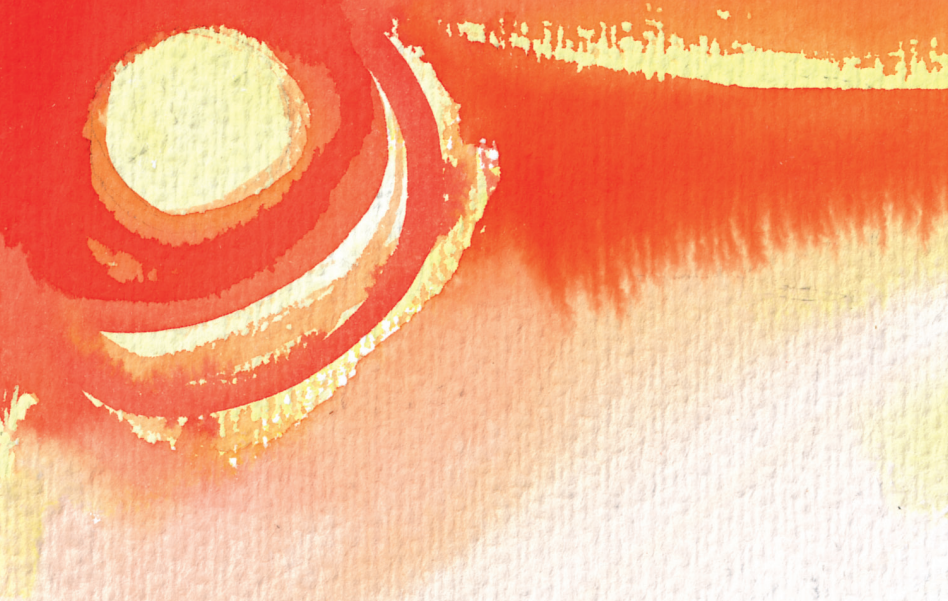
Witika querría creerla, pero desde que

su papá, Akéla, se mudó a vivir con los antepasados, ella sabe que tendrá que cuidar de los pequeños, Xuja, Seuine y Akéla, para que su madre venda las frutas en el mercado y todos puedan comer.

Allá, en las montañas, habitan los espíritus de los muertos.

Mientras camina en busca del agua, Witika recita su conjuro al Gran León y sueña. Prefiere vivir entre sueños.

Dos veces al día, tiene que recorrer



el camino hasta el manantial, porque el agua del poblado no es buena para los niños. Eso dice su madre.

Una mañana, cuando ya se adivinan las palmeras enanas que señalan el manantial, la niña ve algo parecido a un montículo de arena que se mueve como si respirara.

—Gran León, Gran León, aléjate de mi corazón —murmura la pequeña mientras aprieta en su mano derecha el amuleto de semilla de ceiba.

Piensa en alejarse, en darse la vuelta de puntillas y no mirar atrás. Después, recuerda las caras de los pequeños: necesitan agua. Se arma de valor y camina despacito, despacito, hacia aquella montaña de arena que respira.

Pero, ¡no es una duna!

Por los relatos del abuelo, supone que es un león, pero le falta la inmensa melena de fuego.

Casi de inmediato, recuerda que las leonas carecen de ella.

¡Es una leona!

En su costado brilla una gran mancha de sangre. Está herida.

A Witika le dan miedo los leones, pero no le gustan los cazadores, que llegan con rifles y sin hambre.

La leona respira con dificultad y mira a la niña pidiéndole ayuda.

Witika se acuclilla a su lado y la observa. Como la imagina sedienta, le acerca un poco de agua.

La leona bebe con su larga lengua roja y la niña roza su cara.

Después, con unas hojas de palmera, prepara una sombrilla.

—Pediré al abuelo una medicina para tu herida. Volveré pronto.

En el segundo viaje al manantial, Witika esconde en los bolsillos el ungüento de hierbas que tanto trabajo le ha costado lograr del abuelo Moussa.

Con infinito cuidado, porque la leona ruge cuando le toca la herida, y el corazón de la niña se encoge, va aplicándole la medicina. Después, con agua y otras hierbas, prepara una cataplasma.

—Dice el abuelo que esto cura en tres días.

Cuando da de beber a la leona, siente su enorme lengua lamiéndole la cara.

Las cosquillas de esa caricia hacen reír a la niña.

—Mañana volveré.

De vuelta a casa, piensa en la forma de alimentar a la leona herida: «¿Comerá fruta? ¿Se alimentará de hierba, como las cabras?».

Aquella misma noche pregunta a su madre:

—¿Qué comen los leones...?

Maty mira a su niña, preocupada.

—Carne; los leones son grandes cazadores.

—¿Y cuando no pueden cazar? —insiste la niña.

—Entonces se mueren.

¡Eso no puede sucederle a su amiga leona!

Witika no logra dormir en toda la noche buscando el modo de alimentarla.

Eso puede traer graves problemas a la niña, pero la leona no debe morir.

Camina al encuentro de su nueva amiga y, por primera vez, no le molesta la larga caminata en busca de agua.

La herida ha mejorado mucho. Tanto, que a Witika le extraña que la leona continúe allí tumbada. Le cambia la cataplasma de la herida con cariño.

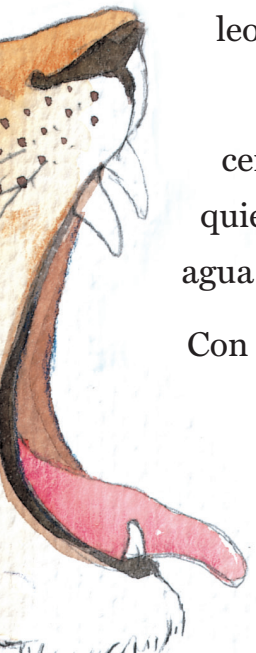
—Tranquila, leona —murmura la niña, como su madre al curar sus pies heridos.

La leona gruñe bajito, para recordarle que tenga cuidado.

Witika ya no teme a la leona. Le acaricia la cara, acomoda las hojas de palmera sobre su cabeza y le acerca agua.

La leona le regala un par de cariñosos lametones con su rasposa y roja lengua.

De vuelta a su casa de adobe, cargada con las dos latas de agua, la niña no deja de dar vueltas al asunto de cómo alimentar a la leona herida.



—¡Claro! —grita de pronto al llegar cerca de la casa del abuelo Moussa, a quien deja siempre un poco de aquella agua buena.

Con la emoción casi la derrama toda.